

## Capítulo LXII.

Diplomacia sentimental.

Después de construir el fuerte de Santo Domingo y de dejar en él una guarnición, se encaminó Bartolomé con Hernando de Guevara al hermoso país de Xaragua con el objeto de visitar á Anacaona.

Aquella pintoresca provincia ocupaba la mayor parte de la costa oriental de la isla, cerca del cabo Tiburon, dilatándose por el Sur hasta la isla que más tarde se llamó de la Beata.

La invasión de los españoles no habia llegado hasta allí, y Bartolomé deseaba, por medio de su amistad, y si no era posible por medio de la guerra, avasallar también aquel territorio.

Para la paz podia servirle grandemente la influencia que ejercia sobre Anacaona Hernando de Guevara.

Al efecto trató con la mayor consideracion al jóven oficial, y esta benevolencia para con él aumentó el ódio que le profesaba Francisco Roldan, porque aún no habia olvidado que el amante de Higuamota habia defendido á Anacaona cuando trató de seducirla, y le habia llevado preso á la colonia.

Mientras Roldan con los descontentos fraguaba la conspiracion, Bartolomé con su ejército se dirigia á los dominios de Anacaona.

Para no infundir temor á los indios, que creyéndose próximos á sufrir la suerte de los habitantes de Marien y de la Vega huian amedrentados, envió á Hernando para que trasmitiese á Anacaona las supuestas noticias que el almirante habia enviado.

Púsose el jóven esposo de la india el collar de guaninos que debia salvarle de todo ataque por parte de los indígenas, y ginete en un brioso alazan, partió al encuentro de la reina.

La insignia que llevaba al cuello hacia que los indios, en vez de huir, al verle se acercasen y le ofreciesen toda clase de servicios.

Guevara conocia el camino, y se dirigió á la morada de Anacaona.

En aquellos momentos el sol, próximo á hundirse en el ocaso, reflejaba sus melancólicas tintas sobre la playa solitaria, en cuya blanca arena lanzaban las olas sus últimos suspiros.

Higuamota, sentada á los pies de su madre, y dejando á la pobre reina que jugase con sus cabellos, miraba con tristeza las luces del crepúsculo.

—¿Qué tienes, madre mia?—le preguntó la joven india.

—Pienso en tu pobre padre.

—¿Temes por él?

—¡Oh, sí!

—¿Olvidas que los españoles han prometido devorvórnosle pronto?

—¿Quién sabe si habrá podido sufrir el peso de sus cadenas!

—¿No has oído á mi amado Hernando las maravillas que cuenta de su patria? Allí hay poderosos reyes que viven en magníficos palacios, que tienen muchos servidores vestidos con ricos trajes y adornados con oro y piedras preciosas. Tal vez, habiendo llegado á su noticia el valor de mi padre, han deseado verle; tal vez en estos momentos se encuentre en su presencia colmado de regalos y agasajos, y no lo dudes, madre mia, mi corazón me dice que volverá, que volverá muy contento para bendecir mi unión con Hernando; y cuando él vuelva libre y dichoso, renacerá la paz en nuestras ciudades, las vírgenes cantarán los arcitos con alegría, y á estas horas en que tanta melancolía siente nuestro alma, distraerán con sus alegres danzas nuestro tristes pensamientos.

—Tu corazón te engaña: separar á Caonabo de sus queridas selvas, de sus valientes guerreros, del amor de su esposa, de las caricias de su hija, es condenarle á muerte. ¡Dios sabe si á estas horas serás tú huérfana y yo viuda!

Esta conversacion fué interrumpida por un

indio, que anunció á Anacaona la llegada de Guevara.

Al oír pronunciar aquel nombre, la alegría brilló en los ojos de Higuamamota.

Levantándose con la ligereza de la gacela, sin escuchar siquiera las órdenes que daba su madre al indio, corrió al encuentro del bizarro caudillo, que ávido tambien de recrearse en sus ojos, le tendió sus brazos con efusion.

—¡Esposo mio!—exclamo Higuamamota.

—¿No me esperabas?

—No; pero pensaba en tí, como pienso siempre, porque te amo más que á mi vida.

—Yo tambien pensaba en tí, y mi felicidad ha sido inmensa al emprender este viaje, porque las nuevas que te traigo van á llenarte de alegría.

—¿Son nuevas de mi padre?

—Sí, del valiente Caonabo.

—¡Oh! Ven, ven, que nadie te escuche.

Y con infantil ligereza condujo al guerrero hasta donde se hallaba Anacaona, poseida de una viva ansiedad, porque el temor y la esperanza combatian en su pecho.

—Madre, madre,—exclamó la joven,—mi corazón no me engañaba: Hernando, mi buen Hernando, nos trae noticias de mi padre.

—Sí,—dijo el joven,—han llegado algunos navios de España, y en ellos cartas de nuestro jefe el almirante. Caonabo ha llegado con él despues de un viaje felicísimo, y ha sido recibido por los reyes con las mayores muestras de amistad.

—¿No me engañais?—le preguntó Anacaona, dirigiéndole una profunda mirada.

Pero como Hernando á su vez habia sido engañado, y creia de buena fé lo que contaba, ni bajó los ojos, ni se estremeció al contacto magnético de aquella escrutadora mirada.

—¡Ah! No, no me engañais,—exclamó la reina.

—Mis soberanos,—continuó Hernando,—le han tratado de igual á igual, de rey á rey. Está allí siendo objeto de los mayores agasajos, y muy en breve volverá libre á reinar á vuestro lado. Pero no sentirá el odio que hasta ahora ha sentido por mis compatriotas, sino un verdadero afecto, y entonces cesará la guerra, los beneficios de la paz nos alcanzarán á todos y nuestra felicidad será inmensa,—añadió, dirigiendo una mirada á Higuamota.

—Si, sí; bendito sea tu Dios, benditos sean tus reyes cuando tanto bien nos dispensan.

—No es mi única mision la de comunicarte estas nuevas,—añadió Hernando, dirigiéndose á Anacaona.—Al partir el almirante dejó el gobierno de la isla á su hermano. El ha venido conmigo y con algunos soldados á visitarte. Se ha detenido en la frontera de tus dominios y pide tu permiso para verte. Las noticias que te traigo te tranquilizarán. Yo, por mi parte, te aseguro que no es la guerra lo que quiere, sino tu aprecio.

—¿Para imponerme el tributo?

—No, para obtener tu amistad y pedirte toda clase de auxilios cuando los necesite. Esto no debe ofen-

derte, no debe disgustarte. Tú tienes un corazon generoso, y estoy seguro de que sin necesidad de pedirte amparo nos lo otorgarás cuando lo necesitemos.

—Tienes razon; las noticias que me has traído alejan el ódio de mi alma. Mucho daño nos habeis hecho; desde que habeis llegado la tea de la discordia es el único sol que nos alumbrá; pero yo os lo perdono, porque habeis respetado á Caonabo, porque me ofreéis su libertad, porque reanimáis en mi pecho la esperanza de volver á verle pronto, como en los felices dias en que la paz y la prosperidad reinaban en nuestro suelo.

Anacaona era generosa.

Amaba á Caonabo con delirio.

Le habia considerado muerto, y le veía próximo á volver con nuevos títulos á la admiracion y á la obediencia de sus vasallos.

Hernando de Guevara habia inspirado una pasion á su hija.

Su hija era su ídolo.

Tambien amaba á Hernando, y no podia creer que aquel hombre la engañase.

En aquellos momentos hubiera sido capaz de comprometerse á pagar el ominoso tributo que pagaban los indios de la Vega y de los estados de Guacanjari.

—Que venga en buen hora tu jefe á mis dominios, yo le recibiré como á un amigo de mi esposo.

Convinieron en que al dia siguiente llegaria el adelantado con sus tropas hasta el palacio de Anacaona.

na, y la reina envió inmediatamente un emisario para que llamase á Guaorocaya y fuesen á participarle las nuevas que habia recibido.

Guaorocaya vivia á muy corta distancia de Xaragua.

Apenas conversó con el emisario, partió en busca de Anacaona.

Cuando llegó, la reina velaba esperándole.

Higuanamota dormia tranquila.

Una dulce sonrisa se pintaba en sus lábios.

Veia en sueños la felicidad, porque la felicidad en la juventud es el amor.

### Capítulo LVIII.

#### Alegrías tristes.

Anacaona manifestó á Guaorocaya las noticias que habia recibido de Caonabo, y la confianza y seguridad que tenia en ellas, por habérselas transmitido Hernando de Guevara, unido á su hija por los más estrechos vínculos.

Guaorocaya era receloso.

Habia sufrido demasiado, habia visto las desventuras que habian caido sobre su patria desde la llegada de los españoles, y trató de sofocar en Anacaona los sentimientos generosos en que habia trocado su rencor implacable hácia sus enemigos, manifestándola que su amistad con ellos era peligrosa.

—Guacanajari,—añadió,—fué el primero que salió á recibirlos á su llegada. Los colmó de agasajos,